

BRUCE, MANNHEIM. *The Language of the Inka since the European Invasion*, Austin, University of Texas Press, 1991, 326 p.

En esta obra, el autor presenta una descripción de los cambios producidos en el quechua surperuano, relacionándolos con las transformaciones políticas y socioculturales de la región desde la época incaica hasta la actual. El objetivo de Mannheim es proponer una teoría sobre el cambio lingüístico basada en una lingüística histórica sociocultural y presentar una reconstrucción del sistema fonológico del protoquechua del sur del Perú sustentada en numerosos datos empíricos, que constituyen uno de los aportes de mayor interés de este libro.

No se trata de una simple descripción de los cambios lingüísticos, sino de toda una propuesta teórica que explica el carácter determinante de la “ecología social” de una lengua en los mecanismos del cambio lingüístico, y relaciona el cambio fonológico con las características tipológicas de las lenguas, al observar el carácter predecible de estos cambios según la estructura interna de la lengua. La evolución del quechua surperuano aparece entonces como un fenómeno que permite al autor exponer sus reflexiones teóricas y presentar valiosos datos dialectales sobre el quechua cuzqueño y ayacuchano, producto de las investigaciones de campo realizadas por Mannheim durante los años setenta. También presenta como pruebas mucha información obtenida gracias a un riguroso y meritorio análisis de las fuentes coloniales que han salido a la luz recientemente, e incluso de documentación histórica inédita.

La obra se dirige a dos sectores: por un lado, a historiadores y antropólogos interesados en la cultura y las lenguas andinas prehispánicas y coloniales, y, por otro, a lingüistas que deseen reflexionar sobre los problemas teóricos del cambio lingüístico. En las páginas introductorias, Mannheim revisa la etimología del nombre “quechua”, el cual procedería del contraste geográfico *quechua* valle/*puna* meseta, origen de la expresión que los españoles entendieron erróneamente *quechwua-simi ‘la lengua del valle’. Acepta la posibilidad de que este nombre proceda del grupo étnico *quichua*, aunque opina que tal asociación habría sido posterior a la generalización del nombre quechua. Este deslinde inicial aclara la ambigüedad del título que parece hacer referencia a la lengua secreta de los incas de la cual nos cuentan los cronistas que estaba prohibida para quienes no pertenecían a la nobleza.

El autor ubica esta variedad quechua dentro de la clasificación dialectal que Alfredo Torero (*El quechua y la historia social andina*, Lima, Universi-

dad Ricardo Palma) propuso en 1974. Incluye el quechua surperuano en la variedad sur del quechua Chinchay, una de las ramas del quechua II o quechua Wampy, es decir del quechua norsureño, el cual constituye una de las dos variedades principales del quechua. A pesar de las objeciones a esta clasificación bipartita del quechua, Mannheim afirma que aún no se ha propuesto una clasificación que logre superarla. La fecha de edición del libro indicaría que el autor no pudo haber consultado la clasificación dialectal del quechua presentada recientemente por Peter Landerman. (*Quechua Dialects and their Classification*, tesis, U.C.L.A., 1991). En la subclasificación de este quechua surperuano distingue las variantes quechua Cuzco-Collao, hablado en los departamentos de Cuzco, Puno y Arequipa, y la Ayacucho-Chanka, hablada en Huancavelica y Ayacucho. Informa sobre dialectos de transición en el departamento de Apurímac, aunque para la reconstrucción del protoquechua surperuano se basa sólo en las diferencias fonológicas y morfológicas entre estas dos variantes dialectales. Los rasgos fonológicos que sirven como criterio para la distinción dialectal son la presencia de glotalizadas y aspiradas, así como el debilitamiento consonántico en posición final de sílaba, característico del quechua Cuzco-Collao.

Al presentar las características socioculturales de los hablantes de esta lengua, destaca el valor de la reciprocidad, uno de los rasgos predominantes de la organización socioeconómica del mundo andino prehispánico, que continúa en el presente, aunque con ciertas modificaciones impuestas por los sistemas políticos posteriores al Incanato. La carencia de esta conciencia sobre derechos y obligaciones recíprocas constituye una de las diferencias socioculturales más importantes de los hispanohablantes, con quienes mantienen contacto social los usuarios del quechua. Con la descripción etnográfica de dos comunidades representativas del Cuzco, el autor expone las principales diferencias ecológicas socioculturales entre los habitantes de las comunidades quechuas de la zona templada y los de la puna.

En la primera parte del libro, el objetivo es demostrar que la explicación sobre los cambios lingüísticos se puede obtener mediante el análisis de las circunstancias que constituyen el contexto extralingüístico. Las evidencias sobre una distribución lingüística prehispánica en territorios no contiguos y las reflexiones sobre un vínculo que las culturas quechuas establecen entre su lengua y el lugar en donde se habla, aunque no entre lengua y etnia, constituyen argumentos para el análisis sobre la relación quechua-haru. Las propuestas anteriores basadas sólo en semejanzas de vocabulario, en las de significado y orden de los morfemas, no presentan pruebas sólidas de relación

genética para el caso de lenguas que han estado en contacto tan estrecho durante siglos y que, además, son tipológicamente similares. Tampoco la presencia de glotalizadas en el quechua cuzqueño constituye argumento suficiente para postular un origen común, ya que precisamente esta variedad dialectal es la que ha tenido mayor contacto con el aymara. El interés de Mannheim es presentar datos etnohistóricos sobre la antigua coexistencia del quechua, el aymara y el puquina en el sur del Perú y parte de Bolivia, lo que explica las semejanzas léxicas y estructurales entre estas lenguas.

Expone la historia del debate colonial sobre la evangelización en lengua vernácula o en castellano y el renacimiento temporal de la valoración del quechua en el siglo XVII, que nos legó la rica literatura en quechua con la que se pueden realizar los trabajos actuales de reconstrucción lingüística. Señala la continuidad del debate, pues si bien antes se hablaba de falta de vocabulario que expresara ideas religiosas, hoy se habla de falta de vocabulario adecuado para la tecnología avanzada. Lo que antes se consideraba peligro para la unidad del Imperio español, ahora lo es para la unidad de la nación-estado peruana, de modo que la enseñanza de la lectoescritura en quechua sólo constituye un período de transición hacia la meta final, la castellanización general, lo cual ocasiona la lamentable desaparición de las lenguas y los valores culturales indígenas. Mannheim no acepta los debates en torno a la castellanización; parece desear el aislamiento de las comunidades quechua-hablantes, aunque en realidad, lo que más critica es la condición de lengua oprimida del quechua frente al castellano, cuya hegemonía establecida desde la época colonial analiza de modo crítico.

La segunda parte del libro es un estudio sobre el cambio lingüístico basado en la estructura interna de la lengua. Reconstruye el sistema fonológico del protoquechua surperuano basándose en la reconstrucción del protoquechua, con datos dialectales y documentos coloniales. Justifica la reconstrucción de un área dialectal limitada sugiriendo que esto permite postular una cronología de los cambios y obtener una imagen detallada de los procesos histórico, en especial, de las innovaciones causadas por las circunstancias sociohistóricas. Una perspectiva limitada permite además la discusión de problemas teóricos de lingüística general. En el sistema que propone incluye las dos sibilantes dorsal y apical, las consonantes oclusivas glotalizadas y aspiradas, y señala la presencia de oclusivas en posición final de sílaba. La importancia de estas áreas fonológicas para comprender la historia del protoquechua es motivo de que el autor dedique un capítulo a los problemas que cada una de estas áreas implica.

Analiza algunos de los problemas surgidos en el análisis de textos coloniales debido a la diversidad en la representación gráfica de sonidos como las sibilantes, las vocales, las uvulares, las velares y de rasgos como la glotalización y la aspiración. La falta de una tradición en la escritura de las lenguas indígenas del Perú motivó que los autores de estos textos adaptaran el alfabeto español a la escritura del quechua, aunque cada uno lo hizo a su manera, escribiendo lo que creyeron escuchar. A esta situación se añade la reestructuración del sistema castellano, en especial de las sibilantes, que se producía justo en aquella época. Según el autor, la interpretación filológica de estos textos quechuas deberá resolver problemas de exuberancia y deficiencia, ya sea porque las características lingüísticas del intérprete añadieron algo al texto original o porque no incluyeron algún elemento importante para la comprensión del texto. Tales problemas podrían haber sido causados por el hispanohablante autor del texto, quien comprendió el quechua según el modelo gramatical del castellano; o por el investigador contemporáneo, que interpreta el texto 400 años después con propósitos específicos.

Mannheim describe en orden cronológico trece textos incluyendo información bibliográfica sobre el autor, sus características lingüísticas y analizando cómo se trata en ellos los problemas fonológicos y gramaticales de mayor interés para la reconstrucción del protoquechua surperuano. Estas descripciones muestran el rigor metodológico en las investigaciones del autor y pueden ser muy útiles para quienes deseen introducirse en el estudio filológico de estas fuentes.

Uno de los temas más difíciles en la reconstrucción del sistema fonológico del quechua surperuano colonial es la naturaleza de las sibilantes. Mannheim coincide con Landerman ("Las sibilantes castellanas, quechua y aymaras en el siglo XVI: un enigma tridimensional", *Aula quechua*, comp. Cerrón-Palomino, Signo, Lima, 1983, pp. 203-234) y sugiere que en el antiguo quechua surperuano se distinguían dos sibilantes sordas; una dorsal [ɣ], representada por {c, c, z} y una apical [ʃ], representada por {s, ss}. Respalda esta hipótesis demostrando que es posible encontrar consistencia entre los textos coloniales que incluyen las distintas sibilantes y presentando cognados con los que muestra la equivalencia entre la distinción de sibilantes en el quechua surperuano colonial y la que se conserva en algunos dialectos actuales del quechua. La comparación sistemática de 120 raíces extraídas de las obras de González Holguín y del dialecto wanka muestra que un alto porcentaje de casos de sibilante dorsal [ɣ] {ç, z} presentes en el *Vocabulario* del mismo autor se corresponden con /s/ o con un reflejo regular en el dialecto wanka y todos los

casos de sibilante apical tienen el reflejo correspondiente en wanka. La regularidad de estas correspondencias confirma que estas distintas sibilantes del quechua cuzqueño colonial son reflejo de una distinción paralela en los dialectos norteños y centrales posterior al protoquechua. Esto señala que el dialecto surperuano no difiere mucho del dialecto wanka y plantea dudas sobre la distinción tradicional quechua central/quechua norsureño. Mannheim relaciona además la identificación de las sibilantes con la evaluación de argumentos etnohistóricos que se apoyan en datos etimológicos.

La comparación de datos de una variante dialectal actual y de un texto colonial, como recurso para encontrar datos sobre la antigua naturaleza fonética de las sibilantes quechuas es una alternativa interesante de Mannheim, que invita a continuar la investigación aplicando este recurso metodológico. En los textos coloniales es obvio un antiguo contraste entre sibilantes, pero estos textos no presentan elementos que permitan conocer la naturaleza fonética de estos sonidos y, por otra parte, la comparación de los dialectos actuales no ayuda porque se observa sólo una sibilante o en todo caso, una distinción muy reciente. Landerman basa su propuesta en el análisis de textos coloniales y de los préstamos entre quechua, aymara y español. Mannheim contribuye con los resultados de su comparación entre la obra de González Holguín y el dialecto wanka que presenta la distinción [s]/[ʃ], aunque resulta discutible la antigüedad de esta distinción. Otra contribución es el análisis de la representación de las sibilantes en cinco documentos coloniales.

De especial interés para la lingüística resulta la hipótesis de Mannheim sobre la influencia de las onomatopeyas y la asociación léxica en el desarrollo de la glotalización y la aspiración en el quechua cuzqueño. El alto porcentaje de glotalizadas y aspiradas en el quechua surperuano se explica como consecuencia del “contacto estable” entre el quechua y el aymara que produjo una convergencia estructural entre estas lenguas. En las poblaciones multilingües estables, los hablantes toman préstamos de otras lenguas adaptándolos a los patrones fonológicos y sintácticos de éstas. Es probable, por ello, que muchos términos aymaras adquieran la glotalización o la aspiración después de haberse incorporado al quechua como préstamos.

El análisis de la distribución irregular, aunque no fortuita, de las glotalizadas y las aspiradas en el quechua cuzqueño muestra la tendencia del quechua sureño a relacionar la calidad acústica de los sonidos con significados particulares (simbolismo primario del sonido) y la tendencia a asociar raíces léxicas mediante semejanzas formales (simbolismo secundario del sonido). Esto es manifestación de una actitud general de los miembros de la cultura quechua

ante la lengua, “hacer que el sonido parezca un eco del sentido” (p. 301), propio de una cultura en la que las palabras son cosustanciales con sus objetos. La motivación icónica de las formas lingüísticas quechuas se percibe con más frecuencias en las glotalizadas y las aspiradas. Para demostrar la iconocidad del quechua, Mannheim presenta numerosos ejemplos, como aquellos en los que la aspiración refleja una expulsión de aire en lo significativo (*thugay* ‘escupir’, *qhutu* ‘escupido’) y la glotalización, la agudeza y la violencia (*hach’a* ‘hacha’, *hasut’i* ‘azote’, *wikch’uy* ‘vomitar’, *sik’iy* ‘halar’), con aquellos que relacionan la noción semántica de tamaño con el tiempo de duración de las aspiradas (*hathun* ‘grande’, *althu* ‘alto’) y de las glotalizadas (*sit’i* ‘pequeño’, *q’iqi* ‘estrecho’). En este último caso, las raíces son producto de las influencias de la onomatopeya y la asociación léxica. La selección de muestras presentadas por Mannheim es coherente y parece convencer a pesar del carácter limitado de la investigación, que aún requiere un análisis sistemático de muchas áreas semánticas. El estudio de la motivación icónica del cambio lingüístico se beneficia con este aporte de Mannheim que relaciona la evolución de una lengua con los rasgos culturales de sus hablantes.

La adquisición de glotalizadas y aspiradas ha sido compensada en el quechua cuzqueño por el posterior debilitamiento de las consonantes finales de sílaba, modificación que aparece primero en los sufijos y posteriormente, en la raíz. Establece así implicaciones en el orden de las modificaciones fonológicas en la estructura de la palabra: raíz <— sufijo derivativo <— morfema flexivo <— morfema del nivel discursivo. Las modificaciones fonológicas de las consonantes aparecerían inicialmente en los sufijos de la derecha y se irían extendiendo hasta afectar finalmente las raíces. Sustenta esta propuesta, que tiene un interés teórico especial para la explicación del cambio lingüístico, presentando datos de fuentes coloniales. Así por ejemplo, el cambio de *-w* final de sílaba por *-y* se produce en el sufijo derivativo *-wsi*>*-ysi* antes de expandirse hacia el final de las raíces como en *p’unchaw*>*p’unchay* ‘día’. Un cambio que se inicia en el sufijo flexivo y luego se traslada al derivativo es la eliminación de *-r* final de sílaba; primero se produce en el morfema de tiempo pasado *-rqa*>*-qa* y posteriormente, en el morfema derivativo *-rqu* ~ *-rqa*>*-ru* ~ *-ra*. Al discutir las condiciones fonológicas y morfológicas de este cambio, Mannheim explica la evolución de los cambios como un reflejo de la estructura interna de la palabra quechua; [[raíz] derivación] flexión] nivel del discurso]. Esto proporciona nuevas luces sobre la organización semiótico-cognoscitiva del cambio fonológico y muestra la relación entre el cambio lingüístico y las características tipológicas de las lenguas.

Dada la claridad y consistencia de los argumentos lingüísticos sustentados con numerosos datos, la obra de Mannheim representa un aporte significativo para la lingüística general y particularmente para los investigadores del área andina. Contrasta con el rigor del autor, el descuido al presentar un mapa político del Perú no actualizado, pues no incluye la modificación del límite entre Piura y Lambayeque, pero sí el departamento de Ucayali de reciente creación. La consulta del *Atlas del Perú* elaborado por el Instituto Geográfico Nacional en 1989 habría evitado esta confusión.

La lectura de este texto motiva una reflexión sobre la necesidad, en lingüística histórica, de recurrir a informaciones antropológicas y sociológicas, debido a la estrecha relación lengua, cultura y sociedad. Las interpretaciones basadas en criterios exclusivamente formales, como la estructura interna de las lenguas, resultan incompletas y no aportan una explicación sólida sobre el cambio lingüístico. En este sentido, Mannheim revaloriza la capacidad de representación simbólica del ser humano y no limita la lengua a una red de estructuras independientes del hablante.

María Elena Sánchez Arroba